
Nabuco

Javier de Viana

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 7568

Título: Nabuco

Autor: Javier de Viana

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 17 de agosto de 2022

Fecha de modificación: 17 de agosto de 2022

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

Nabuco

Era Nabuco uno de esos tipos físicamente vulgares, que no llaman la atención ni por su belleza ni por su fealdad; y para justificar el dicho de que la cara es el espejo del alma, era, moral e intelectualmente, mediocre.

Un talento indiscutible poseía, sin embargo: el de no gastar energía en lamentos y protestas después del hecho irremediabilmente consumado.

—«Con rabiar y echar maldiciones,—decía,—no se saca la carreta del pantano. Lo mejor es fijarse bien en el terreno pa no volver a enterrarse en el mismo sitio; y la rabia añubla la vista.»

Cierta vez, siendo mozo y encontrándose sin conchabo, se enganchó de milico en una policía fronteriza. Otros que se hallaban en caso igual, se lo pasaban abominando del comisario cruel, del sargento déspota y del cabo egoísta, por no haber obtenido la baja.

—¡Lindo oficio!—exclamaba uno.—Andar tuito el día al tranco, escoltando carretas de contrabandistas o tropas de cuatrerros, como si juese perro, medio desnudo, comiendo pulpa flaca y cobrando un sueldo cada seis meses, pa qu'el comesario se enriquezca y el sargento tenga tropilla propia y el cabo herraje plateao!

—¿Qué pensás vos, Nabuco?—inquiría otro dolorido,

—Pienso,—respondió;—que por haberte oído el cabo hablar parecido, te ligaste el mes pasado unos talerazos del comisario y quince días de cepo.

—¿Entonces hay que sufrir la injusticia y tragar saliva?

—Dejuro que sí cuando se sabe que alegar es pa pior.

Y Nabuco no alegó ni se quejó nunca; pero una noche que lo mandaron en comisión, le robó los dos mejores pingos al comisario, un espléndido poncho al sargento y el «chapeao» al cabo. Esa misma noche vadeó el Uruguay, se internó en el Brasil y nunca jamás volvieron a verlo en el pago.

—«El quejarse es pa los niños, y amenazar pa las mujeres»,—era otro de sus dichos.

En su estada en el Brasil trabajó de peón, luego de capataz de tropa y cuando llegó a reunir un capitalito, se asoció con Segismundo Campos Lima y tropearon por su cuenta propia.

Una vez que Nabuco estaba enfermo, Segismundo condujo solo una tropa de novillos en cuya adquisición el primero había insumido la casi totalidad de sus ahorros. El socio vendió el ganado, jugó la plata y la perdió.

Nabuco no dijo nada.

—¿Por qué no lo denuncias a la justicia?—le aconsejó un amigo.

—¿Pa qué?

—Pa que lo metan preso!...

—¡Y qué m'importa qu'él se pudra en un calabozo, si de esa laya yo no me vi'a juntar ni con un peso de mi platita?

Siguió trabajando en sociedad sin haber gastado un solo reproche al socio infiel. Al cabo de un tiempo, éste logró reunir una gran tropa de novillada flor. Nabuco fué encargado de conducirla. La vendió a buen precio en un saladero de Quarahy, pasó a la Banda Oriental y hasta hoy ignora su socio su paradero.

Ya poseedor de un pequeño capital, y cansado de la vida andariega y sin afectos, contrajo matrimonio con una viuda, estanciera, rica, todavía joven y bonita.

—Hombre pobre casao con mujer rica,—díjole un amigo;—no tiene más que dos caminos, y los dos son fieros: ser disgraciao por rebelde o serlo por humillación cobarde.

—Puede que haya una senda, entre los dos caminos,—replicó sentenciosamente Nabuco.

Se casó. Su mujer le resultó una fiera agresiva y egoísta. Su marido era para ella algo semejante al tronco de hermosos anglonormandos que arrastraban su breack. Un alojamiento confortable, alimentación abundante, lujosas guarniciones... ¿qué más?...

Nabuco, que profesaba sincero cariño a su esposa, hizo los mayores esfuerzos por escapar a aquella tiranía que no sólo le denigraba, sino que era insalvable obstáculo a la felicidad conyugal.

No lo consiguió. Sus reiteradas concesiones y sus exhortaciones no fueron, ante los ojos de su esposa, sino manifestaciones de debilidad que la incitaban a extremar el despotismo.

El amigo, con conocimiento de su situación lo quiso compadecer:

—Yo le dije, compañero, qu'el casao con mujer rica no tenía más que dos caminos...

—Y yo le contesté, que podía descubrirse alguna senda.

—¿La encontró?

—Pueda ser que sí...

Poco después, en la trastienda de la principal pulpería del

pago, Nabuco y el escribano Pérez, terminaban una larga conferencia con estas frases:

—Mitad por mitad.

Y poco después Nabuco desapareció del pago y su esposa supo, aterrada, que en vez de un contrato de arrendamiento había firmado una escritura de venta de todos sus campos y haciendas a un tercero desconocido.

Y como el comisario y como el socio tropero, ella nunca volvió a tener noticias de Nabuco.

Javier de Viana



Javier de Viana (Canelones, 5 de agosto de 1868 – La Paz, Canelones, 25 de octubre de 1926) fue un escritor y político periodista uruguayo de filiación blanca.

Sus padres fueron José Joaquín de Viana y Desideria Pérez, fue descendiente por parte de padre del Gobernador Javier de Viana. Recibió educación en el Escuela y Liceo Elbio Fernández y por un corto período cursó estudios en la

Facultad de Medicina. A los dieciocho años participó de la revolución del Quebracho, de la cual realizó una serie de crónicas reunidas en un volumen llamado Recuerdos de una campaña y recogidas posteriormente por Juan E. Pivel Devoto en la obra Crónicas de la revolución del Quebracho.

Trabajó de periodista, primero en La Verdad, de Treinta y Tres, y luego en la ciudad de Montevideo. Participó junto a Elías Regules, Antonio Lussich, El Viejo Pancho, Juan Escayola, Martiniano Leguizamón y Domingo Lombardi, entre otros, de la publicación El Fogón, la más importante del género gauchesco que tuvo la región, fundada por Orosmán Moratorio y Alcides de María en septiembre de 1895. En 1896 editó una colección de relatos llamada Campo. En este tiempo se dedica infructuosamente a las tareas agropecuarias, arrendando la estancia «Los Molles». Edita en 1899 su novela Gaucha, y dos años más tarde, Gurí.

Se involucró en la insurrección armada nacionalista de 1904, en la que es hecho prisionero. Logró escapar y emigrar a Buenos Aires, donde subsistió escribiendo cuentos en distintas publicaciones, como Caras y Caretas, Atlántida, El Hogar y Mundo Argentino. Entre 1910 y 1912 se editan en Montevideo distintas obras que reúnen sus relatos. En 1918 regresa a Uruguay y trabaja en varias publicaciones, en particular en el diario El País. Es elegido diputado suplente por el departamento de San José en 1922 y ocupa su titularidad al año siguiente.